

## Conferencia de clausura

**Juan Carlos Rodríguez Ibarra**

Presidente de la Junta de Extremadura 1982-2007

Miembro de la Academia Europea e Iberoamericana de Yuste

Hay gente en la política, también en el espectáculo, en la canción, en la música, etc., que dice que lo importante es que hablen de uno aunque sea mal. Yo no soy partidario de eso. Desde que dejé la política activa prefiero que no se hable de mí, pero si se habla, que se hable bien, como acaba de hacer Alejandro Cercas en estos momentos, palabras que le agradezco, como agradezco también al profesor Mario Díaz Barrado y a Miguel Ángel Martín que me hayan querido dar la oportunidad de dirigirle unas palabras en este curso tan interesante, tan importante y de tanta altura como el que estamos clausurando en estos momentos.

Me han dicho cuando he entrado que aquí hay un grupo de alumnos, muy brillantes todos, con expedientes académicos brillantísimos, y de distintos países. Y también lo he leído en la prensa porque lo citan como nota distintiva en los medios de comunicación hablando de este curso. Mientras estaba ahí sentado he estado mirando para ver si era capaz de adivinar quién de ustedes es español, quién es italiana, quién es griego, quién es brasileño... Y no he sido capaz de encontrar ninguna distinción entre ustedes, solamente cuando ha hablado un alumno, me parece que ha sido y ha hablado en inglés, que yo no he entendido nada por cierto, he dicho que bueno, que seguramente sea el idioma el que nos distingue a unos de otros.

Pero claro, da la casualidad de que yo hablo el mismo idioma que el presidente Aznar y no tengo nada que ver políticamente, ni ideológicamente ni en idea, ni en costumbres con él; me siento mucho más identificado con Carola



Rackete, que fue la capitana del barco que llevó a los inmigrantes a Lampedusa, que con Aznar que habla castellano.

Seguramente algunos dirán que la diferencia está en el pasaporte y en el lugar de nacimiento. Pero resulta que yo, que nací en el mismo sitio que Torquemada, es decir, en España, me siento más unido a Galileo Galilei que a Torquemada. Por lo tanto, no acierto a comprender por qué se pone tanto énfasis en la diferencia entre la gente cuando yo no encuentro ningún tipo de diferencia, más que aquellas que precisamente no sirven para unir.

Yo no atesoro ningún título académico que me confiera autoridad para hablar en los términos en que acaba de hacerlo Marco o en que lo hizo antes Ignacio Sánchez Amor o Beatriz o todas las personas que han intervenido con anterioridad a mi intervención. Por lo tanto, solo puedo hablarles desde la perspectiva del sentimiento positivo que atesoro sobre la Unión Europea y desde la experiencia que he acumulado en mis años de presidente de la Junta de Extremadura.

A los demócratas españoles nos costó tanto tiempo, cuarenta años de espera, entrar en la Unión Europea que estamos siempre dispuestos a perdonar cualquier veleidad, cualquier desviación, e incluso a tratar de superarla con tal de que no desaparezca este maravilloso invento que se llama Unión Europea. Muchos de nosotros, por cierto, no dimos por concluida la Transición española hasta que no ingresó España en la Unión Europea, entonces Mercado Común Europeo. La Constitución de 1978 nos dio la libertad; y sin embargo, el ingreso de España en la Unión Europea nos homologó democráticamente con el resto de países a los que queríamos parecernos. Y, efectivamente, después de 1986 empezamos a parecernos a los alemanes, a los italianos, a los franceses, en fin, a todos aquellos países que nosotros veíamos que se habían quitado la caspa desde hacía mucho tiempo. Nosotros queríamos ser como ellos. Y lo conseguimos.

Ocurrió que cuando ya éramos como ellos, quisimos vivir como ellos. Y gracias a los fondos de cohesión, y gracias a los fondos estructurales, ustedes podrán admirar aquí en Extremadura una red de carreteras magnífica, que se parece mucho a la red de carreteras que yo he visto en Alemania o en Francia, diría que incluso mejor que la que he visto por esos otros países gracias al concurso de los fondos de cohesión y el concurso de los fondos estructurales.

Mi relación con la UE se inició con ARE. ARE era la Asamblea, creo que sigue siendo, la Asamblea de las Regiones de Europa. Era un organismo semipúblico nacido en 1985, yo ya llevaba dos años de presidente de la Junta, para dar voz a las regiones europeas. Su estructura era la Asamblea General, el Buró político y la Presidencia. Tras el mandato del presidente de Véneto, Carlo Bernini, se disputaron la presidencia dos presidentes autonómicos. El señor Fraga, que era presidente de Galicia en aquel tiempo, y el señor Pujol que era presidente de Cataluña. La Asamblea General se celebró en Santiago de Compostela. Fue una recepción gloriosa en todos los sentidos; hoteles maravillosos, comida fantástica, marisco por doquier, porque Fraga tenía la idea y las ganas de ganar. Y sin embargo, cuando hicieron los dos discursos, primero habló Fraga y después Pujol, este último dijo: “yo estuve en la cárcel franquista por defender la libertad. Uno de los ministros que estaba en ese gobierno franquista se llamaba Manuel Fraga Iribarne”. No hubo más que hablar. Se votó y ganó las elecciones el señor Pujol, que fue presidente durante un tiempo.

Y después, mi segundo contacto llegó como consecuencia de la pertenencia a las regiones, al Comité de las Regiones, al CDR. Comité de la Regiones Europea, que se creó en el año 1994. Se trata también de implicar en este caso a las entidades regionales y locales en un proceso de toma de decisiones facilitando de esta forma, dice el reglamento de constitución del Comité, la participación de los ciudadanos. Es un órgano puramente consultivo que, desde mi punto de vista, lo he dicho siempre, está mal diseñado y mal utilizado. Mal diseñado porque

junta en la misma asamblea al presidente del Lander de Renania Westfalia con el alcalde de un pueblito pequeño de Francia de mil habitantes; o al presidente de una comunidad autónoma española con el alcalde de otro pueblito pequeño de Italia. Por lo tanto, yo creo que ahí hay una mezcla que debería intentar corregirse. Y en segundo lugar, está mal utilizado porque el Comité de las Regiones tiene muchísimo más peso político que el Parlamento Europeo. En el Comité de las Regiones están los presidentes de las Regiones de Europa y en el Parlamento Europeo están aquellos que designan los presidentes de las regiones europeas para que vayan como parlamentarios europeos. Por lo tanto, tiene muchísimo más peso pero, sin embargo, hasta para hacer su presupuesto el Comité depende de lo que diga el Parlamento Europeo.

Las generaciones de la primera mitad del siglo XX hicieron dos guerras mundiales o dos guerras civiles, como se quiera. Algunos politólogos dicen que la Primera fue consecuencia del militarismo, del imperialismo, del nacionalismo, la política de alianzas, etc. No me detengo porque aquí hay profesores que tienen muchísimo más conocimiento que yo sobre el asunto. La Segunda dicen que fue a causa del colonialismo, de los problemas étnicos y de la gran depresión. La consecuencia: en la Primera Guerra murieron 10 millones de personas y 20 millones fueron heridos o mutilados; y en la Segunda hubo más de 50 millones de muertos. En el periodo que fue de la Primera a la Segunda Guerra Mundial las clases dominantes y las élites conservadoras de Europa, sobre todo de los países más importantes, tal vez asustadas por la radicalización que empezó a ver en la clase obrera como consecuencia de la revolución rusa, se alinearon con las nuevas fuerzas políticas ultraconservadoras, xenófobas, racistas y nacionalistas. Las instituciones liberales de gobierno entraron en barrena y la democracia se debilitó con el triunfo de dos totalitarismos: el comunismo y el fascismo.

Por el contrario, las generaciones de la segunda mitad del siglo XX expandieron la democracia y la fortalecieron, como consecuencia de que las élites conservadoras apostaron por la colaboración con la socialdemocracia y con los liberales creando el más largo proceso y progreso y periodo de tiempo de estabilidad democrática. Y obtengo la siguiente conclusión de lo dicho: la estabilidad y fortaleza de la democracia en Europa no depende tanto de los retos y de los desafíos que aquí han sido expuestos, sino de la actitud que adopten las élites conservadoras en relación con los partidos populistas, racistas y xenófobos que están apareciendo por doquier.

Y depende también, para que no quede nadie fuera, que la socialdemocracia no se deje caer en la trampa de que la clase está vencida, manifestando su incapacidad para combatir el populismo de derechas, cuyo discurso es bien aceptado por los sectores más vulnerables de la sociedad. La posición anti inmigración vemos

que provoca una cesta importante de votos en núcleos obreros, donde la afluencia de mano de obra barata provoca bajada de salarios y competencia laboral.

Resulta difícil combatir el populismo. Y resulta difícil si llegáramos a pensar como se está pensando: que todo el que vota populismo es populista. Dice Loris Zanatta que “no cree que un obrero italiano, que siempre votó izquierdas, y que hoy, seguramente, víctima de la reconversión industrial o de la competencia china, vota a Salvini, que proclama que los italianos primero y basta de inmigrantes, comparta con ese líder el cien por cien del discurso homófobo, antisemita, machista o el ideario de patria, honor y familia”. Una cosa es que le vote porque le vaya mal laboralmente y otra cosa es que comparta al cien por cien esas burradas que dicen algunos partidos populistas. No creo, desde luego, que muchos de los que han votado a Bolsonaro compartan los elogios que este hace de los torturadores de la dictadura de Brasil, diciendo que “el error de la dictadura fue torturar y no matar” o “no voy a combatir ni a discriminar, pero si veo a dos hombres besándose en la calle les voy a pegar”. ¿Ustedes creen que cincuenta millones de brasileños comparten esta idea?

Después de esta introducción les diré que los europeos de la segunda mitad del siglo XX, a la que yo pertenezco, nos sentimos profundamente orgullosos de haber convertido a una Europa en guerra en una Europa alrededor de un proyecto común que ha supuesto una historia de éxitos incontestables. Acceder a la UE era garantía de consolidación de los tres grandes valores que sustentaron la creación de la Unión Europea: la democracia, la tolerancia y la justicia social.

La Unión Europea ha sido un éxito, el gran invento político del siglo XX y de este continente tras los terribles fracasos de los totalitarismos de los que hablábamos anteriormente. Jamás los europeos habíamos vivido con mayor seguridad y menos riesgo de guerra o conflicto. Jamás habíamos sido tan libres y habíamos estado tan seguros en la garantía de nuestros derechos ciudadanos. Jamás habíamos vivido con tanta propiedad y con tanto bienestar.

Por mi edad, me encuentro en la sobremesa de la vida, hay sobremesas que duran más que las comidas. Con la experiencia he consolidado algunas certezas y he llenado de duda mi mente y mis pensamientos. Me siento orgulloso de lo que ha hecho mi generación en España y en Europa; y desde esa satisfacción, y desde las dudas que me invaden, cada día más, me tomo la libertad de formular aquí, ante jóvenes, en este curso de verano, las siguientes preguntas: ¿qué piensas ser?, ¿qué quiere hacer la generación de la primera mitad del siglo XXI?, ¿qué Europa quiere?

A lo largo de la historia ha habido muchos momentos que rompieron los esquemas por los avances tecnológicos. La primera Revolución Industrial trajo innovaciones mecánicas como la máquina de vapor o el ferrocarril; la segunda

supuso la fabricación en masa a través de la electrificación; la tercera fue la que puso a disposición del gran público los ordenadores e internet; y ahora estamos en la cuarta, y ya se habla de la quinta, que se caracteriza por la conectividad de los dispositivos, el Big Data, las comunicaciones móviles, las redes sociales, la inteligencia artificial, el 3D, el asistente virtual, los automóviles autónomos, los drones, etc. Digo esto para que sepan ustedes que no es sencillo el panorama que tienen y no es fácil responder a las preguntas que he hecho. Es innegable que estamos ante una revolución que, como nunca jamás, ha alterado todo. Ha habido revoluciones que han ido mejorando las cosas... Esta lo está alterando todo. Alquilo un taxi en una empresa que no tiene taxis, alquilo alojamiento turístico en una empresa que no tiene una sola habitación, compro libros en una librería que no tiene libros, me voy a montar en un coche el año que viene que no tiene conductor, compro ropa en una tienda que no tiene ropa, compro muebles en una tienda que no tiene muebles, compro periódicos digitales en una empresa que no tiene periódicos, leo noticias en la tableta, en el ordenador, en el teléfono.

El 65% de los alumnos que hoy estudian primaria trabajarán en disciplinas que no se conocen, no saben lo que van a hacer cuando acaben sus estudios. Algunos economistas afirman que el 47% de las ocupaciones clásicas corren el riesgo de desaparecer bajo la dictadura de la tecnología. ¿A quién habrá que proteger? ¿Al trabajador o al puesto de trabajo? ¿Al taquillero o a la taquilla? ¿Al cantante o al empresario que edita sus discos? ¿A quién habrá que proteger? Porque las dos cosas juntas no van a tener sentido. Otros afirman que el 50% de los empleos que se van a ofrecer en los próximos años no existen en la actualidad, no existen y, por lo tanto, no sabemos cómo serán. Esto no ha ocurrido nunca. En el siglo XIX, en el XX, sabíamos cómo iba a ser el mañana, y si uno estudiaba para abogado es que iba a ser abogado. Hoy el que estudia para abogado que se vaya olvidando, porque no van a existir los abogados. Ya tenemos un programa de inteligencia artificial, el IBM Watson, que da un diagnóstico exacto de cualquiera que sea el proceso que se vaya a iniciar porque ha almacenado todos los procesos que ha habido en el mundo, y sabe la solución cuando un sobrino reclama la herencia de una tía, la respuesta la tiene al 98% de credibilidad.

Siempre se ha dicho que la universidad, además de ser una institución que conserva y amplía conocimientos, es el recipiente donde se forman y habitan los profesionales que necesita la sociedad, los profesionales del futuro. ¿Cuál es el problema que tenemos? Que nadie sabe qué tipo de sociedad va a configurarse dentro de diez o quince años y, consecuentemente, ignora las demandas que va a exigir. Ocurrirá que determinadas titulaciones, válidas hoy, resultarán obsoletas en esa sociedad que desconocemos. Quién estudie para traductor que se olvide, porque tendremos un chip incrustado que nos va traduciendo simultáneamente. Lo más seguro es que al egresado universitario ya nadie le vaya a

hacer la pregunta ¿usted qué es?, sino ¿usted qué sabe hacer? Importará poco el título que tenga, lo importante será saber qué sabe hacer, ¿qué le gustaría hacer?

Junto a esa ignorancia, constatamos que hoy Europa vive en horas bajas. La Unión Europea es un experimento, y como todo experimento se basa en prueba y en error. Y para mí que en estos momentos estamos en fase de error. Aparentemente, vivimos en tiempos sin futuro. La frase “nuestros hijos vivirán peor que nosotros” traduce el hecho de que casi nadie se imagina un futuro mejor que el inmediato pasado, que era mejor siempre. Como dice Martín Caparrós: “El futuro ya no se percibe con esperanza sino como amenaza”. ¿Oyen ustedes alguna noticia que les permita pensar que hay esperanza para ustedes? Todo son amenazas, va a haber mucha más gente, el cambio climático, el desempleo, el terrorismo, la barbarie, la inmigración, la tecnología disruptiva... Y frente a tanta incertidumbre, tras setenta años dormido, la bestia se despertó he hizo acto de presencia en Europa, en Francia, en Alemania, en Hungría, en Polonia; los españoles creíamos que como éramos diferentes aquí no resucitaría esa bestia llamada extrema derecha. Apareció. En Andalucía y ya se ha expandido. Y por toda España. Y salió el patriotismo peligroso, machista, casposo, nacionalista, racista, xenófobo, homófobo... Y ahí está, en esos países que jamás uno podía imaginar que estuvieran.



¿Qué piensa hacer la generación de la primera mitad del siglo XXI frente a eso? Y para restañar heridas abiertas entre el norte y el sur, entre el este y oeste. El norte no se fía del sur porque piensa que somos unos vagos y vivimos de ellos; el oeste no se fía del este porque cree que no son demócratas y no respetan los derechos; etc. Y para huir del nacionalismo disgregador que nos debilita en un mundo inmediatamente e irreversiblemente globalizado, ¿qué piensa hacer esta generación? ¿O acaso, piensan ustedes, que pueden llegar a crecer y que van a tener futuro en ese mundo globalizado si solo forman parte de naciones que están destinadas a ser irrelevantes o a desaparecer?

Ahora que se están representando los clásicos griegos en el Festival de Teatro Clásico de Mérida me pregunto cómo era posible que gente con mentes tan brillantes, fundadores de la filosofía, de las matemáticas, de la política, de la democracia, Platón, Aristóteles, Pitágoras, etc., gente tan valiosa no tuviera ningún problema moral de vivir y convivir con esclavos. Nos parece intolerable veinticinco siglos después. Pero ellos no tenían ningún problema moral; no solamente condenaban la esclavitud, sino que Platón y Aristóteles escribían a favor de ella. Pero hoy nos parece intolerable. ¿Cómo no les daba cargo de conciencia esa situación? Pues yo estoy seguro de que al final de siglo escribirán algunos y dirán: ¿cómo es posible que gente que descubrió la física cuántica, internet, la inteligencia artificial, el 3D, etc. pudieran convivir viendo en el telediarario todos los días a hombres, mujeres y niños ahogándose en un agujero llamado mar Mediterráneo? No lo comprenderán. No comprenderán esta aberración moral que nosotros estamos cometiendo. No comprenderán que estemos dieciséis días pendientes de que un chiquito llamado Julen, que cayó en un agujero de ciento y pico de metros, se salvaba o no se salvaba, al final no se salvó porque era muy difícil, y no seamos capaces de salvar a tantos Julen que caen en agujeros que, teniendo a una persona como la alemana, capitán de barco, se salvan fácilmente. No lo comprenderán.

Vivimos en una confusión feliz, creíamos que fenómenos como Trump, Salvini, Bolsonaro, Le Pen, etc. no tendrían sitio en sociedades como la nuestras. Creíamos que habíamos construido una sociedad en la que el desprecio a la mujer, a los homosexuales, a las de otro color de piel, a la reivindicación de dictaduras eran propuestas que no se podían defender y que el que las defendiera estaba muerto políticamente. Por el contrario, observamos cómo ese tipo de discurso de defensa de la seguridad y de la frontera sigue avanzando, trastocando el estatus que políticamente había contribuido a gobernar Europa y el resto del mundo occidental.

Desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, ese espacio se está llenado con formaciones políticas que difunden la falsa idea de que ellos no vienen a la política... ni quieren hacer política. Ellos no son políticos. Solo pretenden

hacer cumplir la ley, poner orden, acabar con delitos y levantar fronteras. Pero ellos no son políticos. En un mundo y en nuestro entorno europeo, la inseguridad que ellos proclaman es falsa. La inseguridad de nuestro entorno europeo no es el miedo a salir por la noche y a que te atraquen o te violen, y que llegues a tu casa y hayan violado a tu mujer, ese no es el miedo. El miedo que tenemos en nuestro entorno es si podremos pagar la factura de la luz, si podremos pagar la hipoteca, si tendremos trabajo después de tener dos carreras y cinco masters, si podremos tener una seguridad a la hora de pagar una serie de circunstancias, si tendremos educación gratuita, si la sanidad será de calidad y seguirá siendo universal. Esos son nuestros miedos, y a esos miedos es a los que hay que atender y exigir a la Unión Europea que sea capaz de dar respuesta colectivamente y desde los distintos países que forman parte de la misma.

No obstante, y a pesar de esos miedos, hay cientos de miles de personas que se acercan a nuestras fronteras con la idea de entrar en Europa. Todos los días en los informativos de televisión las imágenes de esas personas nos interpelan. Ven ustedes a los niños con esos ojos mirando a la cámara, nos están hablando, y nos están preguntando. ¿Cuál es nuestra respuesta, la de la Unión Europea, Marco? ¿Qué responde Europa de los valores y los derechos humanos? Silencio y vallas. Esa es la respuesta que damos los europeos. ¿A quién pretendemos atraer a nuestra causa de fortalecimiento de la Unión Europea, hacerla más grande, alentándonos de los peligros de los nacionalismos con los cierres de frontera? ¿A quién pretendemos convencer? ¿Qué voces oyen los ciudadanos de nuestros países? La voz de los líderes populistas, xenófobos, racistas, generando una Europa cada vez más intolerante, xenófoba y racista. Eso es lo que oyen. ¿Quién está condenando el racismo?, ¿quién? ¿Oyen ustedes alguna voz potente, poderosa, condenando el racismo? ¿Dónde está la iniciativa de los partidos democráticos para evitar ese racismo? ¿Por qué preocupa el déficit italiano tanto a la Unión Europea y no le preocupa Salvini? ¿Hay que expulsar a Italia a lo mejor si no cumple el déficit y no hay que expulsarla si tiene a Salvini? ¿O al húngaro? ¿O al polaco?

¿Qué nos pasa para que nada se revuelva en nuestros corazones cuando vemos a esos niños llegar a nuestras costas envueltos en mantas y tiritando de frío? ¿Qué nos pasa? ¿Por qué no pensamos que esos inmigrantes son exactamente iguales a los inmigrantes españoles que por millones llegaban con lo puesto a otras capitales, otro sol, otra lengua, otras costumbres? ¿Por qué no pensamos que quieren, como querían nuestros padres y abuelos cuando emigraban, una oportunidad para darles a sus hijos una vida digna, en libertad y decente? Vienen, dicen los racistas, vienen a imponernos sus costumbres. Serán las nuestras. ¿Por qué hablan francés en algunos sitios de África? ¿O no fuimos nosotros los que los colonizamos y llevamos nuestras costumbres? Vienen a

traernos nuestras costumbres, no la tuyas. Por qué en lugar de preguntarnos quiénes son ellos no nos preguntamos quiénes somos nosotros, como afirma la viuda de Steve Jobs. ¿Quiénes somos nosotros? ¿Somos los europeos que durante varias generaciones hemos dicho que los derechos humanos son universales? Pues si somos eso, apliquémoslo. ¿Somos los europeos que defienden los valores democráticos? Pues si defendemos la democracia, bienvenido a todo aquel que quiera vivir en democracia, ¿o la democracia es solo para nosotros y los demás dictaduras?

¿Somos la Europa que define la igualdad de los seres humanos sin distinción de edad sexo, nacimiento, raza o religión? He dicho varias veces que yo no me siento orgulloso ni de ser español ni de ser europeo, me siento agradecido. No hice nada por nacer aquí, pero si llego a nacer un metro más allá de la frontera con Melilla estoy muerto. Como he nacido un metro más acá tuve la suerte de tener padres que me querían, maestros que me enseñaban, médicos que me curaban y una sociedad que me daba oportunidades. ¿Qué hice yo para merecerme esto? ¿Qué hizo ese pobre niño que nació un metro más allá de la frontera para merecer todo tipo de miserias?

No podemos creer lo que nos pasa y que el problema es Trump, Bolsonaro, Le Pen o Vox. La democracia es el único sistema, óiganlo bien, la democracia es el único sistema en el que la responsabilidad de lo que pasa es responsabilidad exclusiva de nosotros. Cuando hay una dictadura la culpa la tiene el tipo que entró matando, pero cuando hay una democracia la responsabilidad es nuestra. Para bien o para mal.

Tenemos que tratar de entender por qué entendimos tan poco, cómo nos equivocamos tanto, cómo entender que Salvini sea un héroe y Carola Rackete una villana. Que Salvini esté en su despacho cómodamente instalado y que esta capitana valiente tuviera que estar sometida a un proceso hasta que una juez la puso en libertad.

Hemos contemplado estupefactos el proceso de elección de líderes en el nuevo periodo parlamentario. Y digo estupefacto porque no se nos explicó que en Europa, como en cualquier parte, existen líderes y existen personas que lideran, que no es lo mismo, dependiendo de que partan de una posición de poder o de una posición de autoridad. Las personas que lideran son aquellas que nos inspiran, nos emocionan, nos entusiasman. Alguien escribió que Luther King no le decía a la gente lo que había que hacer en Estados Unidos o lo que tenía que cambiar en Estados Unidos, no daba un programa. Luther King le decía a la gente en qué creía, su famoso discurso se basó en el “yo creo, yo creo, yo creo, yo creo, tengo un sueño, tengo un sueño, tengo un sueño”... Pero no dijo lo que había que hacer. No dijo nada para acabar con el racismo, dijo: “Tengo un sueño”.

Y todo aquel que soñaba lo mismo le seguía. Nadie en Europa nos está diciendo qué sueño tiene, nadie en Europa nos está diciendo para qué queremos Europa. El qué y el cómo será el resultado del para qué. Los ciudadanos no nos emocionamos ni nos entusiasmos con lo que se hace en Europa ni con quién se va a hacer. Los ciudadanos estamos esperando a que alguien nos emocione, nos entusiasme, nos inspire con el para qué queremos ser europeos. ¿Para qué? Primero para qué, después qué y, finalmente, con quién. La Unión Europea lo está haciendo al revés: tres maratónicas sesiones estúpidas para decidir si gobierna un demócrata cristiano o un socialista. ¿Da lo mismo? ¿Es igual? ¿No importa? No me emociona. A mí la persona que se ha elegido no me emociona porque sé que es ministra, pero eso no quiere decir nada más que tiene poder. ¿Qué autoridad tiene? Seguramente la tenga, no lo discuto, pero no la conozco.

Los ciudadanos estamos esperando a que alguien nos emocione, nos entusiasme, nos inspire, que nos cuente para qué queremos ser europeos. Y una vez que sepamos para qué queremos Europa habrá llegado el momento de saber qué haremos y con quién lo haremos. Es decir, lo contrario de lo que hacen los jefes de Estado y de gobierno en esas reuniones maratónicas en las que se busca a quién y el qué. Nadie me va a emocionar porque el líder europeo sea una ministra de Defensa o un vicepresidente de la Comisión. La emoción, el entusiasmo, el desafío, el reto de Europa es saber para qué queremos la Unión y emocionarnos con ese objetivo. Después vendrá qué hacer y con quién. ■

